

P resentación

La reflexión sobre la violencia y la crueldad es un nudo toral de la posibilidad de estar en este mundo sin desquiciarse. Los escritores, intelectuales, artistas, cineastas, gente de la calle (y ¿todos los demás?) que en algún momento se han preguntado sobre el uso y la exacerbación de la violencia y la crueldad nos hacen remontarnos a mundos inimaginables, pero definitivamente posibles. Desde estos puntos de fuga ponemos a la consideración del lector algunos matices, ópticas, sensaciones y malestares que distintos investigadores nos ofrecen para tratar de descubrir el genoma humano de la violencia.

En un primer tiempo, la disección de los linchamientos colectivos nos ofrece, por su mal gusto, una exquisitez del humor negro, ya que estos temas, si no se tratan con ironía, carcomen las vísceras del escritor. Es así que, desde esta parafernalia afectiva, psicológica e intelectual se intenta hacer, aunque sea tímidamente, y por no caer en el amarillismo, una lectura profunda de lo que fueron los linchamientos de San Juan Ixtayopán, Delegación Tláhuac, en diciembre de 2004. En este artículo se juega con la imposibilidad, por lo siniestro del tema, hacerlo inteligible a la conciencia, pero de todas maneras existen piezas maestras en el análisis psicológico y antropológico que el fenómeno de la realidad nos propone descubrir, diseccionar, por lo que este artículo es un buen intento de análisis de dicha tragedia.

En un segundo tiempo nos encontramos ante un enfrentamiento, ante un problema de lectura, ante un campo de significación que establece universos de contrariedad. La lectura de René Girard y su libro *La Violencia y lo Sagrado* abre una discusión minuciosa, analítica y reflexiva sobre el interés que el autor propone en términos de los sistemas y los aparatos judiciales, como la forma de hacer sociedad.

Sin reparo de lo que la escritura crítica establece, una pausa, un silencio, una fuerte reconsideración de lo que por lo menos en los sistemas políticos latinoamericanos ha significado el aparato judicial, lo que pone en cuestión de manera frontal la tesis de Girard. Desde esta manera de pensar, lo que suponemos queda por desentrañar es el espacio ritual en que la violencia se establece como estado de lo sagrado. Este artículo, además, recorre de manera sucinta un viejo problema no por eso menos actual: ¿en dónde se perdió el límite entre la acción simbólica del bien y del mal?

En la tercera escritura nos encontramos de frente con lo colectivo, con esos aspectos imaginarios del otro. Con esa breve necesidad de las comunidades para pasar a la historia, la resistencia social ante la impunidad y la imposición, un colectivo, un modelo de resistencia civil, una manera de enfrentarse a la crueldad del estado que no tiene capacidad de discernir. Todos los pinches indios son iguales. Pierre Clastrés diría que, cuando nos encontramos ante todo proceso civilizatorio, estamos en presencia de un etnocidio: ¿qué tiende que ver esta afirmación de Clastrés con la crueldad del Estado? Con el proceso civilizatorio, con la mirada que el empresario construye sobre las comunidades que le estorban para realizar sus proyectos ¡absolutamente nada! Este escrito reflexiona sobre la absoluta inconsciencia de la necesidad del otro. El orden mundial económico rige sobre las resistencias populares, pero a veces pierde, aunque sea de manera retardataria. A mi parecer, éste es el eje central de la

propuesta que viaja en este escrito, es, en síntesis, un pensamiento itinerante con respecto a las diferentes formas que puede adquirir la resistencia comunitaria en contra de las tendencias hegemónicas que intentan desaparecerlas.

En el siguiente lugar, un flagelo, una de las grandes paradojas de las sociedades modernas: la necesidad de que los jóvenes cambien la vía, las instituciones y nuestra forma de ver y percibir la realidad, pero al mismo tiempo una definitiva actitud y tendencia del Estado a desaparecerlos.

El suicidio de los jóvenes, su criminalización, los procesos sociales que los llevan a sus adicciones, a su violentación, a sus ganas de mandar todo a la chigada, también nos hace ver cómo el problema de la violencia social se ha vuelto cruento, nunca mejor vista la frase de Nietzsche en términos de “Si Dios existe tiene que ser cruel, para permitir toda la crueldad que reina en este mundo, si Dios no es cruel, Dios no existe”. ¿Hace falta hacer preguntas sobre la crueldad con la que esta sociedad educa y trata a sus niños y a sus jóvenes? ¿cuántas dosis de crueldad se necesitan para que la infancia mexicana en una gran mayoría se dedique a limpiar parabrisas, a dormir en coladeras a inhalar activo, a suicidarse? Tal vez la propuesta de este artículo lo único que asegure es que este imaginario que le permite juntar frases, metáforas y paradigmas como un criterio que clama justicia, que pide la invención de otra sociedad para estos niños y jóvenes. Cuando se trabaja y se sienten estos fenómenos sociales que involucran a las nuevas generaciones no se puede más que pensar en el monto de crueldad bajo los que estos jóvenes se educan. ¿Hablamos de nuevas identidades?.

En fin, bajo tristes desvaríos, la crueldad no me produce otra cosa: presentamos la revista *El Cotidiano* de este número que amablemente año con año nos conceden a un grupo de profesores este tipo de digresiones. Ojalá la crueldad siempre nos decepcione.

Raúl R. Villamil Uriarte
(Coordinador del Número)